

la erudición profunda y gran prestigio del Padre Feijóo: los otros sólo merecen desprecio y compasión.

Con inusitada dureza se ocupó también del *Analysis Geometrica* de Hugo de Omerique, que probablemente no conoció. El Padre Feijóo, no obstante, fué un gran talento, de estudios muy generales, de ingenio agudo, atrevido en la crítica, y ejerció una influencia poderosa en el pasado siglo y aun durante una buena parte del actual.

El entendido señor Fraas ha llamado la atención de los sabios acerca la supuesta antigüedad de las osamentas que se hallan en las cuevas y cavernas profundas; porque muchas veces no son más que restos de los tiempos modernos, á los cuales se les atribuye una fecha prehistórica. La misma necrópolis de la gruta de Massarah (Egipto), que contiene gran número de momias, según los últimos exploradores, no pasa de seis á siete mil años; y según el señor Wrigt los principales y característicos sílex de Inglaterra pertenecen á los bretones con quienes los romanos estuvieron en continua lucha.

Siuviésemos que dar crédito y fe á los trabajos de muchos sabios, aun cuando los creamos ejecutados con el más recto criterio, habríamos de convenir con Virchow, en que el cráneo de Neanderthal pertenece á un cretín; con Schaffausen, que fué de un sér cuyo estado intelectual era inferior al del negro; con el señor Gratiolet, que le comparó al del idiota de hoy; con Lyell, que creyó encontrar en él el cráneo de un mono; con Busch y Bernard, que les pareció igual al del hombre actual y con Pruner-Bey, que sostuvo que dicho cráneo corresponde á un hombre celta de la época histórica; opiniones que ofrecen tal disparidad que se excluyen enteramente unas á otras. Los esqueletos de Meutón, demuestran que los hombres calificados de prehistóricos, eran absolutamente iguales á los que viven en la actualidad. Este mismo sabio antropólogo, el ilustre Virchow, robusteciendo con sus profundos estudios las opiniones de otros esclarecidos profesores, no acepta de modo alguno la idea del hombre terciario, añadiendo que la craneología no tiene autoridad bastante para determinar las razas de los primeros hombres. Nos parece muy en su lugar la afirmación del sabio alemán; tanto más, cuanto que, á nuestro juicio, la constelación formada por las cuatro estrellas, de la evolución de Huxley, de la desviación de Owen, de la transformación de Vogt y de la transformación de Darwin, faltas de apoyo en el mundo de los hechos prácticos y experimentales, empieza á declinar rápidamente á su ocaso para no volver á reaparecer en muchos siglos. Hoy día se admite por casi todos los profesores, que los vegetales y los animales aparecieron á la vez sobre la superficie terrestre, sin que hayan seguido esa variación lenta é indefinida que estableció Larmark, y que constituye el fundamento de la teoría darwiniana.

Recordaremos lo que ha dejado consignado el sabio romano, el ilustre P. Secchi, que hace poco bajó al sepulcro, y cuya autoridad ha sido reconocida por todos.

El R. P. A. Secchi en la última edición (1874) de su excelente obra intitulada *La unidad de las fuerzas físicas*, siguiendo las doctrinas de los señores Flourens y Bianconi, dice: «El químico sólo ha obtenido cuerpos orgánicos; pero jamás obtendrá una sustancia organizada, ni mucho menos un organismo. La generación espontánea realizada con las únicas fuerzas de la materia bruta será siempre imposible, y hasta hoy no se ha probado por ninguna experiencia que esté exenta de objeciones, lo mismo que la transformación de



El Padre Secchi.

las especies: teoría según la cual un organismo puede transformarse en otro. Sería tan absurdo admitir semejantes ideas como decir que un reloj puede por sí cambiarse en una máquina de vapor.» Esta doctrina es exactamente igual á la que hemos expuesto en varios capítulos de esta *Obra*, y es la que enseñábamos á nuestros discípulos durante los *cuarenta y tres* años no interrumpidos que hemos pertenecido al Profesorado oficial.

«Esta teoría (la de Darwin) se contradice por los hechos y por la observación más elemental, continúa el P. Secchi. Cuantos siglos han pasado ya, y á pesar del cruzamiento de las especies inmediatas, no se ha conseguido ninguna que sea fecunda; y al contrario las especies modificadas abandonadas á sí mismas



vuelven á su tipo primitivo... etc.» Esta misma doctrina hemos sostenido en capítulos anteriores.

Luégo el mismo Padre añade: «Los partidarios del transformismo, nos dicen que esta evolución se verifica por grados infinitamente pequeños. Lo cierto es que estas variedades intermedias no existen aun cuando deberian ser muy numerosas: la paleontología así lo enseña, y aquella teoría cae por su base, pues no presenta ningún hecho que pueda sostenerse por la observación.

»En la Naturaleza no hay más que individuos que existen por sí con independencia real, dejando aparte la existencia de otras individualidades.

»La teoría de la evolución y el transformismo carece de pruebas directas y experimentales, y por esta razón el señor Agassiz la ha marcado como un cúmulo de absurdos.»

Todos estos principios que ha dejado establecidos, como dogmas científicos el sabio astrónomo romano, los hemos demostrado en anteriores capítulos, recordándolos al lector con la autorizada voz de tan eminente sabio.

Según la respetable opinión de los señores Worsaae, Herbst, Engelhardt, Rygh, Hildebrandt, Veiser y otros muchos sabios, los túmulos y monumentos de piedra tosca que indican emigraciones, y otras antiguas y colosales obras, entre las que debemos incluir los monumentos megalíticos, dolmens... etc., pertenecen sin ningún género de duda, á las edades históricas. Los *barrow* de los ingleses, son montones de tierra que se suponen pertenecientes al culto druídico, calificándolos de sepulcros; pero de cualquier manera no son prehistóricos. Retzius y Montelius han descrito los esqueletos de hombres, mujeres y niños descubiertos en las nuevas excavaciones del monumento megalítico llamado *Tumba de los gigantes* en la Escandinavia; el señor Desor presenta observaciones curiosas sobre la época del bronce en Siberia, no perdiendo de vista que el bronce es una aleación de cobre y estaño, y este metal nunca se halla puro ó nativo en la Naturaleza, (ya sobre el bronce hemos presentado nuestras observaciones en otro lugar). El señor Baux da una reseña de las antigüedades del Japón... etc., etc.; de suerte que los estudios siguen aún con constancia y ciega fe, el entusiasmo tiene sus alternativas, los hallazgos se multiplican todos los días por algunos afortunados, las colecciones rebosan de riqueza, y, sin embargo, esto nada representa para el darwinismo. Las opiniones están siempre en desacuerdo y la controversia se presenta á cada momento con mayor intensidad, porque la intransigencia científica suele ser tenaz y porfiada; y en estas graves discusiones los dogmas del Catolicismo no sufren la menor alteración. Es lo cierto, que después de este pugilato nos quedamos con las mismas dudas que antes y el problema se plantea en otro terreno.

El señor Hamy ha estudiado los restos humanos traídos de las Antillas, que

se encontraron entre una caliza muy abundante en aquel archipiélago, y estos despojos que para alguno representaban una gran antigüedad, se ha convenido, al fin, que pertenecen á una época moderna. La respetable opinión del Doctor señor Whately, arzobispo de Dublín, en su notable discurso sobre *El origen de la civilización*, ha venido á resolver el intrincado problema del salvajismo humano. Este sabio escritor rebaja y aun destruye la marcha progresiva que se ha señalado al desarrollo de la civilización del hombre y como última consecuencia declara, que así como el primer hombre tuvo un Creador, también debió tener, por medio de revelación un divino Maestro.

Empero, sea de ello lo que quiera es lo cierto, que ni la mandíbula de Moulin-Quignon, ni los huesos humanos recogidos en varios sitios y terrenos, ni el hombre fósil de Dénise encontrado en la Auvernia, los cráneos de Neander, Engis y el hombre fósil de los Natchez, las hachas de sílex, ni los huesos hendidos y otros hallazgos que se presentan y dan á conocer todos los días, son pruebas bastantes, suponiendo aún su veracidad, para decidir esta grave y trascendental cuestión y dar por resuelto el problema de la antigüedad del género humano. Venimos otra vez más á ampararnos en la tradición bíblica.

¡Ah! La mente del naturalista y del filósofo católico se fatiga, cuando quiere seguir paso á paso la marcha de los estudios é investigaciones practicados para explicar la antigüedad del linaje humano, su origen, la causa ó causas de sus progresos y las anomalías y aberraciones, que aun en el día, á pesar de transcurridos más de siete mil años, se notan en los diferentes pueblos y razas que viven en la superficie de la Tierra. Y después de serias reflexiones, cuando comparamos las opiniones de tantos profesores, siempre en desacuerdo y muchas veces contradictorias en sus principios más fundamentales, deducimos en última consecuencia, que todos estos problemas se hallan cubiertos con un velo misterioso, que en vano intentan levantar algunos sabios impacientes. Se pregunta con frecuencia ¿cómo apareció el hombre en la superficie terrestre? ¿En qué sitio vió por vez primera la luz de la gracia? ¿Nació en un solo punto del globo, ó simultáneamente en varias localidades? ¿El linaje humano, es uno ó múltiplo?... Siempre el misterio y lo sobrenatural. Después de tanto ruido como han hecho los *monogenistas* y los *poligenistas*, después de lo mucho que se ha escrito sobre estos temas, venimos ahora á sentar como principio, que la teoría del señor C. Darwin destruye por completo estas hipótesis; porqué toda vez que se deseche la idea de especie como consecuencia de la evolución y el transformismo, queda anulada la generación, cualquiera que sea el punto de vista bajo que se le considere. Mas es el caso que como el transformismo de Vogt y la evolución de Huxley están también combatidos por la ciencia que todos invocamos; de ahí deducimos, que lo cierto y lo que está fuera de toda



duda, es todo cuanto nos enseña la Religión revelada y el Catolicismo, por más que otra cosa proclamen los partidarios del materialismo y el positivismo ó los unicistas modernos.

Cuando la arrogancia y el orgullo nos arrastran por caminos cubiertos de abrojos, sembrados de espinas y llenos de precipicios, el alma fluctúa entre mil opuestas vacilaciones y la duda filosófica y científica se apodera de todo nuestro sér; cuando miramos con desdén lo que la tradición ha conservado y la fe católica nos enseña, caemos precipitados en el fondo del abismo para inventar delirios y tener alucinaciones que rechaza el buen sentido y la dignidad propia del humano linaje. Ya el señor Duhamel quería que los peces fuesen los ascendientes del hombre, y el señor Schmitz, en medio de su indisputable saber, pretende también que un tulipán se transforme en cisne ó una serpiente en palmera: la historia de los seres vivos ha demostrado que nadie, absolutamente nadie, ha visto realizar la más sencilla é insignificante de estas transformaciones. Hipótesis son estas á cual más absurda, que se han presentado, según hemos tenido ocasión de observar, para buscar soluciones imaginarias y ridículas, hasta el punto de que el señor Oken ve salir del mar embriones que desarrollando sus fetos con dos años de edad, tienen la aptitud suficiente para alimentarse por sí con gusanos, caracoles, cerezas y ciertas frutas que alcanza el robusto recién nacido... ¡Pobre infante, pobre humanidad, y desgraciado del señor de Oken, sino hubiese tenido á los padres que lo engendraron, y á su buena madre, que sin duda lo lactó y cuidó en su infancia, como cuidan todas las buenas madres á sus tiernos hijos!

Debatida, por cierto, ha sido la grave y trascendental cuestión acerca la semejanza anatómica del hombre con los individuos más perfectos de los cuadrumanos, y en particular de la familia simia. Y después de algunas consideraciones que hemos dejado consignadas al principio de este capítulo y en otros anteriores, no será inoportuno recordar las razones más principales que dedujo el distinguido, laborioso y erudito naturalista señor de Quatrefages en su razonado y profundo *Informe sobre el progreso de la antropología*.

«El hombre y los monos, dice el Profesor del Museo de París, presentan, en general, notables contrastes que han sido objeto hace mucho tiempo de un estudio profundo y concienzudo de parte de ciertas eminencias científicas. El primero es un sér *animal andador*, mientras que los segundos son *animales trepadores*: en ambos grupos se reconocen perfectamente las diferencias del aparato de la locomoción, y es un hecho incuestionable que los dos tipos son de todo punto distintos.

»Merced á los notables estudios que ha hecho del gorila el señor Duvernoy y del chimpanzé (chimpancé, *Simia troglodites*) los señores Gratiolet y Alix, se

ha reconocido la exactitud de este principio por lo que respeta á los monos antropomorfos; estudio importante bajo cualquier punto de vista que se le considere; pero que tiene más valor para aquel que quiere aplicar *lógicamente* la doctrina del señor Darwin. Estas investigaciones modernas demuestran, en efecto, que al perfeccionarse el tipo del mono, no pierde nada de su carácter fundamental, y siempre se distingue de un modo claro y distinto del tipo humano. Éste no puede por lo tanto descender de aquél.

»Sin entrar en otras consideraciones puramente morfológicas, podemos fijarnos como lo hace el señor Pruner-Bey, en los caracteres generales más sobresalientes en el hombre y en los antropomorfos, y entonces llegar á establecer como principio fijo, que existe un *orden inverso* del término final del desarrollo en los aparatos sensitivos y vegetativos, en los sistemas de locomoción y reproducción.

»Aun hay más: este *orden inverso* se reconoce igualmente en la serie de los fenómenos que corresponden al desarrollo individual.

»El señor Pruner-Bey ha demostrado esta verdad con respecto á los dientes permanentes, y el señor Welker ha obtenido un resultado análogo, debido á sus interesantes estudios sobre el ángulo esfenoidal de Virchow, haciendo ver las modificaciones de la base del cráneo, es decir, de una de las partes del esqueleto, cuyas relaciones con el cerebro son más íntimas, se producen en el hombre en sentido contrario que en el mono. En el primero este ángulo disminuye desde que nace, y por el contrario se agranda en el segundo.

»Empero, es todavía más fundamental, la marcha inversa que sigue el cerebro en su desarrollo, y este hecho notable señalado por el señor Gratiolet, y sobre el cual ha insistido repetidas veces, sin que nadie lo pusiera en duda, ni la misma sociedad Antropológica, tiene una importancia y una significación fáciles de comprender.

»Así en el hombre lo mismo que en el antropomorfo, cuando son *adultos*, se observa en el modo de ser de los pliegues cerebrales, cierta semejanza que ha podido inducir á error, y sobre la que se ha insistido tenazmente; pero debe tenerse en cuenta, que en el mono las circunvoluciones témporo-esfenoidales que forman el lóbulo medio, aparecen y se terminan antes que las anteriores, que constituyen el frontal, mientras que en el hombre por el contrario, las circunvoluciones frontales se presentan primero y las del lóbulo medio después.

»La embriogenia viene en apoyo de la anatomía y de la morfología, para demostrar hasta que punto se han engañado aquellos que creyeron encontrar en las doctrinas de Darwin medios seguros de probar el origen simio del hombre.

»En presencia de estos hechos se comprende que muchos de los que no están de acuerdo sobre ciertos puntos, no han podido menos de convenir en



este; deduciendo que nada conduce á ver en el cerebro del mono, el que es propio del hombre y vice-versa; que el estudio del organismo en general y el de las extremidades sobre todo, revela diferencias esenciales de forma y disposiciones particulares, distintas é incompatibles con la idea de una filiación; que al perfeccionarse los monos no presentan con el hombre otra semejanza, y recíprocamente, que al degenerar el tipo humano ya no se relaciona más con aquellos; y, finalmente, que no existe paso posible entre el hombre y el mono, sino á condición de invertir las leyes del desarrollo.

»A estos principios generales, que me limito solamente á indicar, y á la multitud de hechos que pueden citarse ¿qué oponen los partidarios que sostienen el origen simio del hombre?

»Por más que busco, siempre encuentro los mismos argumentos. Exageraciones de semejanzas morfológicas que nadie niega, inducciones sacadas de algunos hechos excepcionales y que se generalizan, ó de diversas coincidencias en las cuales se suponen relaciones de causa á efecto, y por último un llamamiento á las *posibilidades* de las que se saca una conclusión más ó menos afirmativa.

»Citaremos algunos ejemplos para que se vea el modo de razonar.

»1.º La mano huesosa del hombre y la de los monos y particularmente la de ciertos antropomorfos, presentan analogías muy marcadas: ¿no sería posible que una ligera modificación hubiese producido la identidad?

»Nó; contestarán los señores Gratiolet y Alix; pues la musculatura del pulgar establece una diferencia notable y revela que está adaptada para usos muy diferentes.

»2.º Sólo en el hombre y en los antropomorfos permite la articulación de la espalda movimientos de rotación: ¿no hay en esto una verdadera semejanza?

»Nó; responden los anatómicos; pues aunque no se consideren sino los huesos, reconócese que los movimientos no podrían ser los mismos, y que la musculatura, sobre todo, ofrece diferencias que acusan *adaptaciones* especiales.

»Estas respuestas son precisas; porque cuando se trata de *locomoción*, deben tenerse en cuenta los músculos agentes activos de la función.

»3.º La bóveda del cráneo de algunas razas humanas, en vez de presentar en sentido transversal una curvatura uniforme, se dobla un poco hacia la parte superior de los dos lados, y vuelve á elevarse buscando la línea media: ¿no indica esto que hay una tendencia á formarse las crestas huesosas que ciertos antropomorfos tienen en esta región?

»Nó; contestaremos nosotros, (el señor de Quatrefages) porque en estos úl-

timos las crestas huesosas se desprenden de la pared del cráneo, y de ningún modo forman parte de la bóveda.

»4.º ¿No parece un hecho muy extraño que el orangután sea braquicéfalo (cráneo corto) como el malayo del que es compatriota, mientras que el gorila y el chimpanzé son dolicocefalos (cráneo largo) como el negro? ¿No hay en esto una razón para considerar al primero como el padre de los pueblos malayos y á los segundos como los antecesores de los africanos?

»Aun cuando los hechos enunciados fuesen exactos, no por eso quedaría demostrada la consecuencia que se deduce; pero es lo cierto, que ni siquiera existe la coincidencia que se invoca. En efecto, el orangután, esencialmente originario de Borneo, vive en medio de los dayaks, y no de los malayos; los primeros son dolicocefalos más bien que braquicéfalos. En cuanto á los gorilas no corresponden por lo general á la primera clase, pues de *tres* hembras cuyos cráneos se midieron, dos de ellos fueron braquicéfalos.

»5.º Los microcefalos presentan en el cerebro una mezcla de caracteres humanos y simios, é indican una formación intermedia normal en una época anterior; pero hoy no se realiza sino por una paralización en el desarrollo.

»Los estudios que ha hecho el señor Gratiolet en el encéfalo del mono, del hombre normal y de los microcefalos, han demostrado que las semejanzas indicadas son puramente ilusorias, y, tal vez el no haberlas examinado con la debida atención, ha dado lugar á error. En el microcefalo el cerebro humano se simplifica; pero el *plan inicial* no cambia por esto, y este plan no es el mismo que el del mono: esta es la razón porque Gratiolet ha podido decir, sin que nadie tratara de refutar sus argumentos:

»El cerebro humano y el del mono difieren tanto más cuanto que el de este último está menos desarrollado, y una paralización en el desarrollo sólo daría por resultado una diferencia mayor.»

«...Las leyes del desarrollo del cerebro de los dos tipos, explican y justifican los asertos de Gratiolet; así como los hechos que cita son la refutación formal de la semejanza que se ha tratado de establecer entre el *cerebro humano defectuoso*, y el *cerebro animal por muy desarrollado que esté*.

»La teoría del origen simio del hombre no es sino una simple hipótesis, en favor de la cual no puede invocarse ningún hecho positivo, y que por el contrario carece completamente de fundamento.»

Hasta aquí las conclusiones de más bulto que recuerda el sabio profesor del Museo de París, el señor de Quatrefages. Hay en muchas de estas controversias antipatías y enemistades ajenas á la ciencia, de donde resulta que los sabios obran á su manera y con absoluta independencia. No sin razón el señor Broca decía, refiriéndose á Pruner-Bey sobre los descubrimientos de los cráneos de



Cro-Magnón: «Que su colega tenía una imaginación fecunda en recursos, por la que jamás le falta una hipótesis cuando encuentra un hecho que no está de acuerdo con sus teorías.» Y más tarde añadía: «Observad en que difieren nuestros métodos; yo (Broca) subordino las teorías á los hechos, y mi sabio colega (Pruner-Bey) subordina los hechos á las teorías... etc.» Es lo cierto que en estas cuestiones de raza han terciado los hombres más sobresalientes de la ciencia antropológica, como Virchow, Rochet, Mantegaza, Quatrefages, Bertillon, Pruner-Bey, Hueck, Broca, Clarke y otros no menos ilustres.

El cerebro se considera como el órgano del pensamiento, y de aquí que la escuela realista pretenda que la vida intelectual del hombre no sea más que el mayor desarrollo en las aptitudes que están latentes en los animales; que todos los cerebros, según E. Fournié, entran en función cuando interviene un excitante especial, como cualquier otro órgano de la vida; y que, en opinión de W. Carpenter, debe aceptarse la actividad *inconciente del cerebro*, á la que llama *celebración inconciente*.

Empero el señor Martins, distinguido profesor de Montpellier, ha dado á conocer dos nuevos caracteres osteológicos peculiares á los antropomorfos. ¿Qué importa que la anatomía demuestre la analogía que, tal vez, exista entre el cerebro del hombre y el del chimpanzé? Muy en buen hora que el señor Auburtin haya presentado diferencias de constitución y conformación, y que el señor Huxley, al fin, ha observado estas diferencias en el tamaño de los nervios que se desprenden en el cerebro humano por los hemisferios cerebrales y por las circunvoluciones y hendiduras, cuyas diferencias han sido reconocidas por los anatómicos señores Flower y Rollertón; y por otras particularidades que, fueron indicadas por el Doctor Mayer y otros sabios. Todas estas analogías, todas estas pretendidas semejanzas, todas estas invenciones para explicar una conversión de fuerza, vienen á estrellarse ante la *inteligencia* y la *razón* exclusivas del sér humano. Y como dijo el señor Tindall en su lenguaje positivista ó unicista, por la *conciencia* que nos hace ver las impresiones de los movimientos de las fibras cerebrales que acompañan á todas nuestras sensaciones. Entre esta conciencia y la modificación del órgano habrá siempre un abismo que la escuela realista con todas sus argucias no podrá vencer: de esta misma opinión participan los señores W. Hooker y Stokes. Hé aquí demostrado, en muy pocas palabras, la existencia del alma humana, ó de un principio inmaterial que *gobierna la materia*.

El señor Barker con un sabor realista de los más pronunciados nos ha dicho: «El calor vital mientras es calor, la acción muscular en tanto es movimiento y la de los nervios y sus centros siendo acción física, resultan de una conversión de energía, y su origen es puramente físico. En otros términos; el

*organismo humano es una máquina viva de calórico ó de electricidad*. A la verdad que el concepto no puede ser más positivista ó monista. Empero ¿por qué este Profesor de la Unión Americana, no nos dice también, donde está el mecánico ó el electrizador que ha de abrir y cerrar á voluntad los circuitos de calórico ó de electricidad? Estamos intimamente persuadidos que jamás le será posible probar que el mecánico sea un sér físico que resulta de una conversión de fuerza. ¿Se ha demostrado, acaso, la transformación de la energía física ó del calor en pensamiento? Ciertamente que no; y el mismo Profesor, á pesar de su realismo, asegura que entre el alma y el cerebro existe un estrecho enlace, que la evolución del pensamiento no es enteramente independiente de la materia del cerebro, que el pensamiento es susceptible de manifestarse al exterior por una conversión de movimiento y de energía actual, que la emoción encuentra con frecuencia alivio en las demostraciones físicas... etc., etc. ¿En todo esto, no vemos palpablemente aquella antigua teoría de la filosofía cristiana, *el alma forma el cuerpo*?

Otras muchas consideraciones se pueden aun presentar comparando los esqueletos del orangután en su perfecto desarrollo, ó el del gorila y el chimpanzé, ó bien, en fin, el del pliopithecus y el del dryopithecus con el del hombre; y desde luego notaríamos diferencias marcadas que demostrarían de un modo evidente, que la especie *simia* es una *especie particular*, y como tal INMUTABLE. Es evidente que las relaciones más ó menos exageradas de varios viajeros y exploradores, las expediciones fantásticas é imaginarias de hombres de talento, de las cuales muchas de ellas carecen hasta de exactitud y veracidad, según han probado otros sabios en sus posteriores estudios y excursiones, ofrecen cuentos, anécdotas y descripciones que sirvieron para conocer ciertas particularidades, que al través del tiempo se han creído con la mayor buena fe por algunos historiadores, y hasta por naturalistas ilustrados. Tal fué, sin ningún género de duda, el fundamento estrambótico de los hombres con cola, el de aquellos que se decía estaban cubiertos de pelo, el de las sirenas, ondinas y leucrocotos y mauticotas, el de las ninfas, harpías y lamías, y el de tantas creaciones á cual más absurdas y estrafalarias como ha admitido el vulgo, siguiendo á ciertos geógrafos que sin cuidarse de averiguar la autenticidad, han tenido el candor de aceptar como verdades inconcusas.

Las diferentes clasificaciones que han hecho los naturalistas atendiendo á sus aspiraciones y tendencias, en nada alteran el valor esencial que corresponde al reino humano y el que es propio de los antropoideos. Hemos visto, aunque someramente, que existe una distancia inmensa entre el hombre y la especie simia, que la anatomía comparada se ha encargado de demostrar, y que de grado ó por fuerza han concedido los sostenedores del transformismo,



como Vogt, Büchner y el mismo Huxley. El señor Lartet al relatar los hallazgos que hizo Pruner-Bey en la gruta de los Eyzies asegura, que aquellos restos humanos debieron pertenecer á una raza vigorosa, de gran musculatura y desarrollo en sus miembros: los cráneos, dice, tienen la forma y figura que corresponde al hombre actual.

El examen craneológico ha sido siempre de la mayor importancia para la antropología, porque la cabeza por el órgano que contiene, representa la parte más noble y elevada del cuerpo. Este estudio ha llamado la atención de los sabios, dedicándose á él con asiduidad é imparcial criterio; tanto más, cuanto que ahora se trata del hombre del período geológico llamado cuaternario y de su descendencia simia; para ello cuentan con muy pocos ejemplares, y en muchos casos sólo se posee algún fragmento de un cráneo carcomido. Los hombres de Cro-Magnón representan una raza gigante; y ¡cosa notable! el mismo Pruner-Bey que con tanto entusiasmo sostenía la evolución, y por ende que todos los cráneos de los hombres prehistóricos debían ser pequeños, ha sido el autor afortunado de los descubrimientos de los Eyzies, donde sólo se descubren *hombres-gigantes*.

Véase aquí una contradicción palpable; ó esta raza fué superior á la nuestra, en cuyo caso las leyes del desarrollo sucesivo son una quimera, ó estos restos humanos pertenecen á nuestros tiempos, y entonces toda la importancia de los enterramientos, de las grutas, de los antros y de las cavernas no pasa de ser un sueño poético. ¿Se querrá, tal vez, que existiesen á un mismo tiempo dos razas, una de gigantes y otra de pigmeos? Ahora se buscan con afán cráneos pequeños y deformes, con los arcos superciliares muy pronunciados, y de seguro que buscando con fe científica, ya que la católica se ha perdido, se encontrarán. ¿Se han hallado tantas cosas!... Pero ¡qué digo! Estos cráneos existen ya, se han descubierto y aun estudiado, como lo prueba los llamados de Borreby, el de Doemitz y los del Norte de Escocia, que, como dicen, representan hombres degenerados y hasta antropófagos, que según opinión de alguno, deberían colocarse en un grado inferior al del hombre salvaje del mundo actual. Cuando la teoría de la evolución desaparezca por completo, ya no tendrán importancia alguna estas razas degeneradas, que ahora vienen á reemplazar las gigantescas de otros tiempos. Entonces la humanidad adquirirá de nuevo ante el materialismo y el positivismo ó unicismo la *dignidad* y levantada misión de que por unos momentos se le ha pretendido despojar, para hacerle comprender que dentro de sí existe algo que no es materia ni *substratum*, y que escapa al escalpelo y á las reacciones de los átomos ponderables.

La anatomía comparada del cerebro del hombre y del chimpanzé ó del orangután, repetimos, podrá ofrecer cuantas analogías y semejanzas quieran; para

nosotros existen, como tenemos dicho, diferencias muy notables que no niega por cierto el realismo moderno, sino que las concede de buen grado, dependiendo la actividad intelectual y la percepción de algo que la inspección más minuciosa no hallará jamás: esto es, el *alma humana ó racional*. La semejanza del *intelectu* es peculiar á la especie humana, que la separa por completo de la animalidad; y nosotros damos gracias á Dios que ha permitido á Huber admirar el trabajo de la hormiga, sus costumbres, sus guerras y su táctica militar, á Knigh extasiarse con las abejas y sus construcciones arquitectónicas y á Darwin con los pulgones y los gusanos, por cuyo canal intestinal ha pasado *toda* la tierra vegetal. Esto mismo prueba de una manera formal y evidente, el abismo incalculable que separa al hombre de todos los animales. El hombre realiza actos de libertad é inteligencia y estos actos son espirituales; de manera que, como dijo el R. P. Meric, hay en el sér humano una causa libre, inteligente y espiritual, que ejerce actos espontáneos y obra por sí misma: la materia ignora lo que encierra dentro de su propia sustancia y sólo tiene actividad receptiva. En el hombre, pues, decimos una vez más, hay un *alma*, que posee el instinto de la inteligencia y de la razón. ¿Qué más se quiere? Véase, en fin, como el hombre jamás ha podido descender por medio del desarrollo sucesivo y evolutivo de otro sér inferior á él, sino que salió perfecto de las manos del *Creator*.

»Los fenómenos de las fuerzas físicas, dice el P. Secchi, son los más groseros de cuantos ofrece la creación; otros muchos quedarán siempre completamente inaccesibles al entendimiento humano. Las fuerzas físicas son como la materia primera que constituye el magnífico edificio de la creación. Mas no deja de ser bastante adelanto que podamos explicar los detalles, los ornamentos por decirlo así, tales como la organización vegetal y animal.

«Así, un equilibrio admirable, añade el mismo sabio, reina en el universo, y la solidaridad de los animales y de los vegetales es muy limitada, porque la vida de los unos sostiene indispensablemente la existencia de los otros. Existencia, movimiento, vida vegetativa, sensación, inteligencia, tales son los cinco términos de la creación. El Autor supremo, cuando dió existencia á la materia bruta, le comunicó también un principio de actividad consistente en un movimiento indestructible. En ciertos sistemas moleculares el movimiento viene á ser la resultante de una disposición especial sujeta por completo al imperio de las fuerzas físicas; en otros grupos, disposiciones particulares señalan reacciones progresivas bajo una ley determinada, tendiendo á una reproducción continua; en otra clase de reacciones de la materia se arreglaron por un principio superior al cual fué asociada; y á aquel de los seres que ocupa la cúspide de la escala, el hombre solo, el Autor de la naturaleza, dió la luz de la razón,



que le confiere el poder de conocerse á sí mismo, de conocer su Creador, sus obras, las causas de las cosas, y en fin, le permite, hasta cierto punto, imitar el trabajo de la Naturaleza.»

Hemos presentado los problemas fundamentales en que se apoyan las escuelas materialista y positivista ó unicista modernas, para desprestigiar y aun negar los dogmas del Catolicismo; problemas que, si bien hemos examinado someramente, damos datos bastantes para formar un juicio exacto, haciendo ver las doctrinas que son erróneas en presencia del empirismo, y poniendo de relieve lo que las ciencias experimentales y de observación admiten como cierto y evidente. Para este importante estudio nos hemos valido de la historia, de la filosofía, de las mismas ciencias experimentales y naturales en sus distintas manifestaciones, y de la crítica desapasionada; y el error de estas escuelas, cuyas doctrinas profesan hoy por desgracia muchos hombres consagrados al estudio experimental, ha sido patente y fuera de toda duda. Sin embargo, no faltará, tal vez, quien crea que hemos rebajado los fueros de la ciencia y deprimido su autoridad: semejante imputación sería injusta y quizá apasionada, porque hemos consagrado nuestra vida á los estudios experimentales, procurando en nuestra larga carrera huir siempre de las falsas hipótesis y deslumbradoras teorías, que suelen con frecuencia extraviar, siquiera sea por un momento, á los hombres pensadores y de recto criterio. En esta penosa peregrinación por la historia de la humanidad hemos visto desaparecer las falsas religiones para entronizarse la verdadera. El politeísmo cayó impotente y sobre sus ruínas se levantó radiante el Cristianismo. Hemos recorrido las luchas de todos los tiempos, las controversias de las escuelas, las intransigencias de las épocas y de los partidos, las preocupaciones de las sociedades, las interpretaciones y los comentarios sobre los sagrados Libros, y en esta ardua tarea nuestra Religión católica ha salido incólume de los rudos é injustificados ataques de que ha sido objeto y es aún todos los días.

Hemos preguntado á la psicología, á la moral y al derecho; hemos interrogado á la geología, á la astronomía, á la física, á la química y á la historia natural; hemos pedido sus documentos á la biología, á la fisiología experimental, á la anatomía y á la antropología; hemos reclamado el auxilio de la embriología, de la morfología y de la paleontología; hemos examinado los adelantos de la prehistórica, de la etnografía, de la lingüística y de la arqueología; hemos buscado, en fin, en la historia, en la filosofía y en la tradición los hechos más culminantes que constituyen los artículos de fe de todos los pueblos, iglesias y países; y el conjunto de todas estas ciencias, de todas estas venerandas instituciones, de todos estos focos de ilustración y de saber nos han abierto de buen

grado sus libros, sus anales y sus archivos. En estos tesoros inapreciables del humano progreso, en estos depósitos augustos de todos los tiempos, de todas las edades y de todas las creencias, no hemos hallado *nada*, ABSOLUTAMENTE NADA que pueda dar origen á un *conflicto* capaz de hacer vacilar los sagrados dogmas de la *Religión católica*. El Catolicismo ha salido en esta lucha ileso y radiante como siempre.

Por esto sentamos como principio inconcuso que:

ENTRE LA RELIGIÓN CATÓLICA Y LA CIENCIA NO EXISTEN NI PUEDEN EXISTIR CONFLICTOS.

La historia de la Iglesia católica, según hemos demostrado, enseña con elocuentes hechos que la Iglesia de Jesucristo, cual madre solícita y cariñosa cobijó en su augusto seno á todos los elementos de la civilización y prosperidad de los pueblos. Aquellos gérmenes fructíferos desarrollados por ella convenientemente han producido los ópimos y sazonados frutos de ilustración y progreso modernos, de que está tan ufana y se muestra tan gloriosa la generación del siglo diez y nueve.

La humanidad camina, pues, por ese progreso en medio de afanes y sinsabores; progreso científico que se dice indefinido, y busca anheloso la ansiada *verdad*, deseando una distribución más equitativa y justa de los tesoros de la ciencia y del bienestar de la sociedad, cuyos futuros beneficios, según el señor Siciliani podrá realizar la sociología moderna. La historia recuerda que en la antigüedad hubo sabios que consagraron sus vigilias á interrogar á la Naturaleza, y sobre sus estudios é investigaciones se fundaron hipótesis y teorías que se aceptaron ó desecharon á medida que la ciencia hacía sus conquistas, para presentar otras nuevas de acuerdo con los descubrimientos posteriores. Esto mismo pasa en nuestro siglo; y la ley del progreso en la ciencia, tantas veces invocada, es un hecho real, y sin embargo, se ve en ciertos casos contrariado por la experiencia.

Á pesar de todo, preciso será convenir que en tantos progresos y adelantos como se propalan, entre el sin número de descubrimientos que se publican, en medio de tantas doctrinas y escuelas como se establecen, y en la multitud de hallazgos como se pregonan, encontramos el hombre de hoy, respecto de su físico; y nos atrevemos también á decir, por lo que corresponde á su desarrollo intelectual y moral, el mismo que fué en otros tiempos; en nada ha cambiado de la manera como fué creado por el Supremo Artífice. Sus facultades intelectuales se hallan en él contenidas, son peculiares á su sér, y la perseverancia y la educación pueden perfeccionarlas de un modo prodigioso. Hay en él afectividad, inteligencia, razón, lenguaje hablado y mimico, una unidad